

**DESPUES DE UNA LARGA ESPERA...  
EL INICIO DE UNA NUEVA VIDA.**

Mi nombre es Lorena Llanos, tengo 33 años de edad, y padezco Insuficiencia Renal Crónica congénita. A la edad de 6 años me operaron por primera vez en el Hospital Italiano de Buenos Aires por un reflujo en los uréteres, el cual había afectado mis riñones. Durante los años de mi infancia viajaba cada tanto con mi familia para los controles en el Hospital Italiano, cada vez que me tenían que hacer estudios eran para mí momentos horribles. Viaje hasta los 12 años y de ahí



dejé de hacerlo, en aquel momento no entendía los por qué de muchas cosas, sólo sabía que por cuestiones económicas y porque el médico que me atendía en aquel entonces había dicho que estaba muy bien, ya debía pasar a otro sector donde se atendía a adolescentes. De ahí no viaje más a Buenos Aires hasta después del trasplante...

Pasé mi adolescencia en mi ciudad natal, Charata-Chaco, casi sin complicaciones.

A los dos años de haber venido a estudiar a la ciudad de Corrientes, más específicamente en el año 1997, empecé a sentirme mal, con vómitos, dolores de cabeza muy intensos que no sabía a qué se debían. Me encontraba inmersa en un estado como de depresión que desembocaba siempre en llanto, ya que la “facultad a la que había venido a estudiar Psicología no estaba habilitada, razón por la cual fue cerrada”. No había nada que calme esos dolores o cualquier otra molestia. Hasta que una amiga de años, farmacéutica, me dice que vaya a verlo al doctor Germán Braillard Pocard, pensando que podía ser gastritis o algo así. Cuando recurrí a dicho médico, realizó controles de rutina y cuando me tomó la presión, su cara de asombro quedó grabada para siempre en mi memoria, porque la tenía altísima, 160-140 o más. Para la edad que tenía era muy alta, eso recuerdo que había dicho hasta que le conté lo que me había pasado de chica, y entonces me derivó al doctor Alfredo Revidatti (h) en forma urgente.

En aquel entonces ya conocía bastante bien Corrientes, ciudad que quiero con toda mi alma, y donde resido actualmente. Empecé a ir primero al Hospital Escuela, para que me atendiera el doctor Revidatti, mis padre viajaron para acá para ver qué me decía el

médico. Éste me dio un tratamiento de dietas especiales y demás, ya que antes de comenzar el tratamiento había bajado mucho de peso y estaba pálida.

Recuerdo que dijo que había posibilidades de que tuviera que hacer diálisis, tenía muy poca idea de lo que era, pero seguí mi vida, tratando de cumplir el tratamiento dado. El doctor comenzó a atenderme en el Centro Médico, con controles constantes de toma de presión, la cual no se normalizaba, y ya había sido medicada.

Era muy joven (20 años) y con varias rebeldías; me costaba llevar a cabo el tratamiento, salía, tomaba bebidas alcohólicas, comía con sal, todo lo contrario a lo indicado, no aceptaba en aquel entonces mi enfermedad, comía de todo, hacía la dieta un tiempo y la dejaba, hasta que entre estados de ansiedad, estrés y angustias fui dejando de lado lo que sabía que me hacía muy mal. Pero ya era tarde.

Antes de que entre en diálisis, fui atendida por el doctor Francisco Macias, urólogo, por que tenía que hacerme uno de los estudios que mas detesté durante años, una citoures-troscopía, porque otra vez mis uréteres estaban dilatados y eso se debía corregir. Finalizando el año 98, y después de varias luchas con la obra social logro que acepten que los médicos de acá me hicieran un implante de colágeno en los uréteres para no volver a pasar por otra cirugía tan grande como la de chica. Ésta era una nueva técnica y gracias a Dios, más allá de los sufrimientos pasados todo salió bien y el implante de colágeno dio resultados.

Tiempo después, a comienzos del año 99, el doctor Revidatti me cita en su consultorio particular, del Centro Renal Revidatti para decirme que tenía que entrar en tratamiento de diálisis. Nunca voy a olvidar aquel momento; mi madre, que había viajado porque sabía que el médico quería hablar conmigo, fue quien me acompañó.

Recuerdo que lloré muchísimo, que la noche anterior había tenido un miedo horrible de que me diga que tendría que hacer diálisis y lamentablemente eso sucedió, se lo dije en medio del llanto al doctor, quien en aquel momento tomó mi mano y me dijo “¿Lorena, por que nunca me dijiste esto?” y me pasó su pañuelo blanco para secarme las lágrimas, extendió su mano y solo hubo silencio, me pidió que fuera sola después de almorzar, ya que era cerca de mediodía, para que habláramos.

Ya hacía dos años que el doctor Revidatti me atendía, fue y es para mí una persona muy importante, confié en él y confío aún en día, razón por la cual considero que la confianza es un factor importante en la atención médico- paciente. En aquel momento me mostró lo que era la hemodiálisis, llevándome a unas de las salas del Centro Renal, recuerdo que casi me desmayo al ver tanta sangre y agujas. Luego me explicó qué era la

diálisis peritoneal, y lo más importante y que siempre destaco que me haya dado la opción de elegir el tipo de tratamiento a llevar a cabo. Elegí la diálisis peritoneal, ya que este tipo de tratamiento me permitiría la posibilidad de seguir estudiando, y llevar una vida, relativamente normal, con salidas, caminatas, aunque también implicaba la renuncia a otras cosas, como ir al río y bañarme en él, viajes que debían ser pensados y preparados con tiempo. Pero estaba lo más importante, el continuar estudiando y seguir en contacto con familiares y amigos.

Fue entonces cuando me presentó a una de las Técnicas capacitadas para ese tipo de diálisis, Miriam Billordo. Recuerdo bien mi primera reacción, fue conocerla y decir “si, tal día empezamos...” pero salí a correr, todavía tenía miedo, me refugié en la casa de mis padres en Charata. Después de unos días de pensar que no quedaba otra, que la salida para estar mejor era empezar el tratamiento de diálisis, volví al Centro Renal y en un mes Miriam me enseñó los pasos del tratamiento de la diálisis peritoneal. También se sumó uno de los Técnicos, Víctor, quien colaboró con la transmisión de los conocimientos sobre la diálisis peritoneal. Era muy lindo aprender eso, mas allá del miedo de los inicios, aprendí cómo debía lavarme las manos, cada paso, cada cuidado que tenía que tener al realizar el tratamiento. Fueron tiempos difíciles, pero los fui llevando adelante de a poco y con mucha paciencia.

Después de realizar el entrenamiento durante un mes, se fijó la fecha de la operación para la colocación del catéter que tendría en el abdomen, mas exactamente en el peritoneo, en donde estaría el líquido de diálisis, lo cual implicaba cargar en mi panza 2 litros de diálisis todos los días, empezando por una cantidad menor para que el cuerpo se adapte en los primeros tiempos. Aquella operación marcó un antes y un después en mi vida, lloré muchísimo al salir de quirófano, eran muchas cosas juntas las que habían sucedido. Mi cuerpo había cambiado completamente.

Quiero hacer mención aquí de personas que por aquel tiempo y algunas aun hoy en día me acompañan en este caminar de tantos años. Recuerdo bien a una gran amiga, Claudia Olivera, hoy ya Licenciada en Psicología y quien fue una de mis primeras compañeras de estudio, cuando aun no me dializaba. Fue ella la que me dijo por primera vez y con un rostro de mucha tristeza ¿Diálisis, Lorena? .En aquel entonces no entendía lo que me quería decir, para mí era “y bueno, que otra me queda”. Pero muy en lo profundo lo sufría, solo debía seguir adelante y jamás perder las esperanzas de que algo bueno podría suceder.

Mi familia me acompañaba en cada instante y aunque más de una vez me sentí sola, ellos estaban, a la distancia pero estaban, hecho que me sirvió mucho para crecer y aprender a hacer muchas cosas sola. Existía un “pequeño” problema en torno a mi familia, que con el correr de los años fue desapareciendo y saliendo a la luz, el hecho de poder hablar de mi enfermedad, pero sobre todo del trasplante.

Durante los primeros años del tratamiento de diálisis vivió conmigo otra persona muy importante, Soledad Chamorro, quien me transmitió más sobre Fe y Esperanza, llenando mi vida de alegrías, de salidas, de nuevas amistades. Ella me acompañó en cada momento que entraba en mi cuarto a dializarme, se ponía el barbijo que debía usar para cuidar de no contaminar nada, y rezaba junto conmigo, fue quien me enseñó a rezar y disfrutar de la vida de una forma muy particular que jamás voy a olvidar. Me decía “vamos enana, arriba esos ánimos y a seguir”. Estuvo durante el tiempo en que por mis errores cometidos, me hernié y debieron operarme para reparar esa hernia, así que tenía que dializarme con una máquina cicladora que forma parte de la diálisis peritoneal continua automatizada. Acomodábamos los horarios para que yo pudiera conectarme a la máquina (situación que detestaba) y desconectarme al otro día temprano. Soledad me acompañaba en forma muy especial en todo, y me hacía ver que las cosas podían ser diferentes y que dependía de mí. Ambas aprendíamos juntas, y eso era lo más bello de todo. Fue la mejor época de mi vida en los tiempos de diálisis. Años después Soledad se va a vivir a otro lado por circunstancias económicas. Viene mi hermana a vivir conmigo, Cecilia, nueve años menor que yo, y con quien convivo hoy día. En aquel entonces ella era muy chica, y mi vida estaba más volcada a la fe, a ir a la iglesia y por ahí no compartíamos mucho tiempo juntas. Pero creo que ella sabía bien lo que sufría aunque para esos años la diálisis ya formaba parte de mi vida cotidiana.

Compañeras de estudios y amigas que me acompañaron en aquel momento, Belén Martínez Merelo, Vanesa Luque, Paola Dal Lago, Liliana Segovia, Noelí Farela, Mariela Rodríguez Dacunda. También compañeros y amigos como Alejandro Teplizqui, Jorge García Cáceres, Daniel de los Santos, quienes se preocupaban y preguntaban sobre el tratamiento y cómo hacía para seguir. La que más tiempo compartió conmigo y quien se sentaba en la cama de mi habitación para seguir estudiando, fue Liliana Segovia. Al comienzo, le era difícil colocarse el barbijo por que decía que se ahogaba pero que con el correr del tiempo fue parte también de la rutina del estudio. Lili estuvo en los momentos más difíciles del tratamiento y me acompañó en cada lágrima, en cada dolor que sufría en el cuerpo, en los desamores que también existieron como en cualquier ser

humano, en los momentos difíciles del estudio pero en los cuales salí adelante aunque costaba mucho y llegué a recibirme de Técnica en Psicología. Hoy, en camino hacia la Licenciatura.

También mi amiga del alma, la doctora Marisa Squizzato, a quien le era difícil ver a su amiga sufriendo ya sea con dolores o lo que sea, creo que tal vez por la misma profesión o en ese momento por lo que estudiaba. Era a su casa donde iba con todas mis cajas de diálisis en los tiempos de las pasantías en el Hospital Pediátrico, ya que me quedaba a cuadras de dicho Hospital. Es mi amiga de años, pasamos parte de la infancia y toda nuestra adolescencia juntas. Y continuamos hoy día con esa amistad. Ella al igual que otras amigas/os de mi ciudad natal continúan siendo quienes me contienen en momentos difíciles y acompañan mis alegrías, Karina Bassitta, Alejandro Echeverría, Marcela Ciabocco, Yanina Muñoz, Alejandra Dulka, etc.

Y por sobre todo agradezco a los Técnicos de diálisis del Centro Renal Revidatti y a los médicos, personal administrativo y de maestranza que se brindaron en cada instante en que concurría al Centro con mucho cariño y afecto. Y a la persona más importante que fue como mi hermana mayor que no tuve, o la madre adoptiva que se da en situaciones como éstas por las que uno pasa, en la Amiga con mayúsculas porque fue quien siempre me entendió, me comprendió, me enseñó a caminar en los momentos difíciles, me cuidó, compartió mis lágrimas, supo entender mis quejas y tratar de calmar los dolores del cuerpo, ya sea con inyecciones necesarias o tal vez con solo unas palabras. También me abrió las puertas de su corazón y de su casa, mostrándome lo que sufría ella, contagiándome sus alegrías, permitiéndome compartir con sus hijos y conocerlos que fue lo más maravilloso que me podía suceder, ella es Miriam, la Técnica que me enseñó lo que era el tratamiento y por ende en quien más confiaba, como cuando tuve que decirle en medio de tanto dolor, que la peritonitis la había adquirido yo, por otro error cometido y del cual también debía hacerme cargo, el hecho de no haberme lavado las manos como tenía que ser para no contaminar nada, terminé contaminándome a mí misma, la culpa era demasiada y tenía que dar otro cambio en mi vida para que las cosas marchen bien. Empecé a seguir una dieta más estricta en comer carne solo tres veces por semana, tomar mucha agua, y dejé de a poco, completamente la sal, ya que mi presión subía aunque comiera con poca sal. Después hubo que disminuir la toma del agua, con el paso del tiempo. Fue un cambio rotundo y los frutos se empezaron a ver. También en esto agradezco a la Psicóloga, la Licenciada María del Carmen Zarza, que aun hoy día me atiende, ya que estas cosas iban siendo tratadas, trabajadas en mi terapia.

En el año 2004 mi hermana se va a vivir a Resistencia ya que su facultad quedaba allá y había conseguido con quien compartir un departamento. En aquel entonces quedé sola, una vez más, era volver a empezar. Hubo momentos muy difíciles, de toma de decisiones que cambiaron los rumbos de mi vida, pero nunca dejé de dializarme, ya que algo tenía por seguro en mis oraciones durante los momentos de la diálisis, de que era eso, el tratamiento, lo que me permitía seguir viviendo, disfrutando de salidas con amigos, de algún almuerzo en lo de Soledad, que ya había formado familia, más de una vez, disimulando las dolencias de lo que fuera, para que nadie se preocupase.

El tratamiento ya era difícil llevarlo a cabo, ya que eran cuatro cambios (de diálisis) al día que debía realizarme, duraba una media hora, a veces con dolores, otras sin ningún tipo de dolor. Requería de muchos cuidados en la limpieza, lavarme las manos limpiando cada dedo, cada uña y las muñecas. Cargaba dos litros del líquido de diálisis en mi panza todos los días, durante siete años y medio, que fue lo que duró el tratamiento.

Fue en una de esas tantas noches a solas en las que me sentaba en un umbral que tiene el departamento donde vivía, por la calle Chaco y Moreno, cuando sentí como que la muerte se sentaba a mi lado; es raro de explicar, ya que más de una vez fue sentir la muerte cerca, llorar desconsolada, sólo Dios sabe los por qué de aquel entonces.

Tal vez la espera se tornaba cada vez mas angustiante, la presión arterial subía, empezaron otros controles, en ese entonces, de corazón, ya que sentía demasiado acelerado mi ritmo cardíaco, como si fuera taquicardia, y los resultados demostraron lo contrario, mi corazón estaba muy bien. Lo cual fue de gran alivio, ya que sabia por el médico de que el corazón debía estar bien para el trasplante. Fue de ahí que de a poco comencé a informarme, yendo al Cucaicor, en la parte de información y salieron de mi mente varias dudas y miedos, solo que fue un momento de demasiada angustia, ya que era hora de Hablar del trasplante con mi familia, con mis amigos, hablar de la enfermedad en sí, cosa que no me daba cuenta y que me costaba demasiado, también a mi familia, pero fue decir, “Necesito llorar, necesito hablar...” entre otras cosas.

El día 14 de julio del 2007, sábado, había invitado a Soledad y su familia a cenar, recuerdo haberle dicho a Sole, “gordi, no se qué me pasa pero estoy muy cansada, no me siento bien”. Esa misma noche al dializarme, me había puesto a rezar como tantas otras veces, y recuerdo bien que fue una oración a Dios cargada de mucha angustia y de un llanto desconsolado, donde dije: “Hasta aquí llegué Señor, no doy más, ya no doy más, no me dan las fuerzas y cuelgo la toalla...” jamás olvidaré aquel momento, llegué a

pensar que todo se terminaba y que sino, cada vez se iba poniendo más difícil, pero lo claro era que ya no daba mas, ya no había fuerzas ni ganas de seguir.

Fue así como me fui a dormir aquella noche, muy cansada y triste, pensando ya en que al día siguiente, solo me levantaría para dializarme y volver a dormir, ni siquiera el despertador había puesto, y ni el parque Camba Cuá me motivaba como para pensar en levantarme e ir a caminar por ahí como tantos otros domingos temprano. Nunca imaginé, ni menos pensé que el día siguiente podría ser totalmente distinto, y que podría llegar a cambiar mi vida y dar otro rumbo a mi existir. Y sin embargo el día fue completamente diferente a lo pensado...Era un día como hoy, aparentemente normal y común, pero en realidad, no tenía nada de común, porque el día 15 de julio del 2007 cambiaría mi vida. La mañana de ese día, me llamó el médico que me atendió durante años, para darme la noticia más esperada después de tanto tiempo. Recuerdo sus palabras, “Lorena, necesito que te pongas en movimiento, salió TU TRASPLANTE Y ESTAS EN PRIMER LUGAR EN LA LISTA DE ESPERA”. Jamás olvidaré aquellas palabras, dichas por el Doctor Alfredo Revidatti (h), quien me guió en cada momento, diciéndome lo que tenía que hacer; lo más importante era dializarme como todos los días, preparar el bolso y por sobre todo debía ir al Laboratorio Central para unos análisis

Hacia años que esperaba ese momento y así fue como me puse en marcha, tratando de hacer paso por paso lo recomendado por el médico. Y parecía un día normal, aunque ya venía cansada de los años de diálisis, para ese tiempo llegaban a ser 7 años y medio.

**Salió mi trasplante**, y para mí en una fecha muy especial, lo cual aun me emociona, ya que el día 15 a la tarde, como ya había hecho mención y habiendo llegado mis padres a Corrientes, me puse en contacto con el remisero que me iba a llevar hacia Santa Fe donde me operarían. Un año antes y por las dudas ya le había pedido al señor Alberto Aguirre si me iba a poder llevar, sea el día que sea, arreglando los costos y la disposición horaria. Fue el quien me lleva a buscar mi riñón a la casa del doctor Álvarez quien trabaja en el equipo médico de Cucaicor, aquel momento fue de mucha emoción, llevaba yo mi propio riñón, recuerdo que quería agarrar la conservadora, pero el doctor me tomo del hombro y con mucha gentileza llevó la caja hasta el auto y me dio los papeles necesarios por si gendarmería nos paraba.

Fue así como salimos rumbo a Santa Fe, lugar donde me iban a trasplantar, recién pude tomar conciencia de todo lo que me estaba sucediendo cerca de Las Toscas, donde me largue a llorar y me dí cuenta de la significatividad de los hechos. Había llegado mi turno, mi vida iba a cambiar y mucho.

Llegué a Santa Fe a las 2 de la madrugada y ya me estaban esperando los médicos para llevarme a una pieza para prepararme para el trasplante. Pero también debo hacer mención de que estaba la otra persona que esperaba el otro riñón, ya que yo llevaba ambos. Entré a quirófano a las 6 de la mañana del día **16 de Julio del 2007**, día de la virgen de Itati, a quien en más de una ocasión oraba, rezaba mientras me dializaba, por eso digo que era un día muy especial para mí.

Hoy a **4 años del Trasplante**, sigo agradeciendo cada 16 de cada mes, ya que fue como un nuevo nacimiento, y es lo que hoy me permite seguir viviendo, disfrutando de cosas que tal vez antes no podía disfrutar.

El pos-trasplante fue muy bueno, salí de la operación a las 12 del mediodía, y todo marchaba bien, reaccionando de los efectos de la anestesia a la noche.

Todo fue bien, estuve solo una semana en terapia intensiva, con muy pocas descompensaciones, pero que eran para bien, debido a que orinaba muchísimo, señal de que el riñón funcionaba muy bien, mi presión arterial había disminuido demasiado, que tendía mas a estar baja que alta, lo cual requería la ingesta de mas agua, para no descompensarme, ya que una de las veces me desmayé y me dí un gran susto.

A la semana siguiente me dieron el semi-alta los médicos, no lo podía creer, pero era cierto. Ya iba al hotel que pertenece al sanatorio y me iba a quedar ahí hasta que los médicos me dieran el alta definitiva, esto sucedió en menos de una semana, así que las emociones en juego eran muchísimas y volvería a mi querida Corrientes, y en colectivo. Parecía un sueño, pero era completamente real. Fue el inicio de una nueva vida, de a poco los controles para los cuales, aun viajo a Santa Fe, iban siendo cada vez mas distantes en tiempo, había empezado con controles cada semana, luego fueron cada 15 días, y de ahí empezaron a espaciarse, y a ser cada 1 mes y así hasta lo que se me dá hoy día que viajo cada tres meses.

Esto permitió que pueda disfrutar del río que hacia años no podía bañarme en el, ni de una pileta, gustos que de a poco me fui dando, a medida que los médicos me permitían algo nuevo, también el poder concretar un sueño tan anhelado con mi amiga Marisa, viajamos juntas a Buenos Aires, ella no conocía y yo volvía después de años, y ya no para ir a un hospital sino para disfrutar cada espacio, cada momento con mis amigos, cada salida, conocer lugares diferentes, sonreír con una sonrisa que todas las personas que me conocían o me rodeaban decía que era distinta, que se me notaba en el rostro el cambio.



Hoy mi vida es distinta gracias a las personas, familia que haya decidido en aquel momento tan doloroso, como es la muerte de un ser querido, donar los órganos. Hoy puedo después de un cierto tiempo, necesario para mí, *Contar esta historia, la mía* completamente real, y después de haber pasado por momentos muy difíciles tomar la decisión de seguir viviendo, y poder tomar conciencia así con el paso del tiempo, que la vida pende de un hilo, y que es preferible, mas allá de los problemas y de las cosas que sucedan, poder seguir Vivo, para contemplar cada amanecer, ver la puesta de sol y también suspirar ya que el aire y la Vida misma me lo permite ahora, yo misma me permito seguir adelante, para no perderme de ver y disfrutar cada instante la sonrisa de un amigo, la sonrisa de un niño, la de un anciano, la de un adulto, la de cualquier ser humano que desee sonreír o volver a sonreír, para eso estaré, deseando que esto siga marchando bien. Y continuar así concretar otros sueños y deseos que están en juego, así como los proyectos que con el correr del tiempo se me van dando. Hoy puedo decir que me siento y estoy MUY FELIZ!!.